

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, rector del Santuario de Montserrat
10 de agosto de 2008
Mt 14, 22-33

Queridos hermanos y hermanas,

El objetivo de los evangelistas, al escribir los diversos relatos sobre la vida y el mensaje de Jesús de Nazaret es único: conducir a los hombres al encuentro personal con el Señor. Por eso no es extraño que el evangelista san Mateo, después de la euforia del relato de la multiplicación de los panes, que escuchamos el domingo pasado, ponga a nuestra consideración otro relato, que nos ayude a tener los pies en el suelo, con el fin de descubrir el verdadero rostro de Jesús y las consecuencias de su seguimiento.

El evangelista no pretende embelesarnos contemplando a Jesús andando sobre las aguas. Más bien, sirviéndose del elemento geográfico del lago, intenta describir la trayectoria de una comunidad, de unas personas concretas: Pedro y sus compañeros, que tienen que pasar de la duda y del miedo a la serenidad de una fe confiada que les haga proclamar: "Realmente eres el Hijo de Dios".

La reacción de los discípulos, al ver a Jesús andando sobre el agua, fue absolutamente normal, ya que el hombre tiene miedo ante aquello que le sobrepasa y no puede controlar. Los hombres también alguna vez tenemos miedo ante la presencia de Dios y de sus prodigios. El miedo es un misterio que forma parte de la vida del hombre porque la vida humana está llena de incertidumbres, de inseguridades, de riesgos..., tanto a nivel íntimo y personal como familiar y social.

Fijándonos en la reacción de los discípulos nos sentimos muy próximos a ellos y a su situación. Y nos damos cuenta de que la fe, humanamente, no nos ahorra nada, no nos libera de ninguna incertidumbre, ni de ninguna inseguridad. La fe, más bien, nos invita a vivir desinstalados, a vivir atentos a la voz de Jesús, que constantemente nos invita a lanzarnos a andar por encima la fragilidad de las aguas del mar de la vida.

"Ánimo, soy yo, no tengáis miedo" es la promesa perenne que se hizo realidad aquella noche para los discípulos en la barca y que se quiere hacer realidad para nosotros, sea cuál sea la situación en que nos encontramos, en cualquiera de nuestras noches.

Hermanos, la fe es una virtud teologal, es decir, don de Dios. Pero es también una tarea cotidiana que hace falta ir haciendo día tras día. "Ven" es el don de Dios. "Señor, sálvame" es el clamor que precede a nuestra confesión: "Realmente eres Hijo de Dios". Don y clamor, fe y duda, dos caras de una misma realidad: el hombre, amado y salvado por la muerte y la resurrección de Jesús. Amor y salvación que ahora renovamos en esta Eucaristía.